

## La fotografía

Durante toda mi infancia, lo único que consiguió que me durmiera por las noches era la fotografía que guardaba a salvo en el último cajón de mi mesita de noche. Cuando la casa se quedaba en silencio y lo que la noche ocultaba se abría paso poco a poco en la oscuridad, a medida que la luna se alzaba y brillaba cada vez más en lo alto del cielo, encendía la lámpara de mi habitación, sacaba la fotografía que guardaba entre las páginas de un libro y contemplaba sin cesar el rostro que aparecía en ella.

La mujer de la fotografía era la mujer más bella que había visto en toda mi vida. Parecía estar mirándome mientras sonreía. El pelo le brillaba a la luz del sol de aquel retrato y en la comisura de los labios, la mujer tenía una manchita apenas apreciable, apenas un poco más oscura que su piel. La primera vez que había reparado en aquel detalle me había llevado las manos a la comisura de mis propios labios mientras apreciaba los labios de la mujer de la fotografía. Yo también tenía una peca. Con la misma forma y en el mismo sitio. Los ojos de la mujer también eran iguales a los míos: de color marrón oscuro a juego con la piel ligeramente bronceada de su rostro y todo su cuerpo.

Así era como había descubierto que la mujer de aquella fotografía muy probablemente era mi madre. Al contemplarla podía incluso llegar a verme a mí mismo, como si su rostro fuera un espejo.

Mi padre nunca nos había hablado ni a Henry ni a mí de ella, y yo nunca me atreví a preguntárselo pese a que sabía que a la fuerza debía tener una madre. Todos los niños la tenían y desde luego resultaba estúpido pensar lo contrario. Pese a que era un niño, sabía que eso de tener una madre era –o debía ser, al menos– una regla universal. Pero al parecer yo era la excepción que confirmaba esa regla.

No recordaba haber visto a mi madre cuando era pequeño, y si en efecto había estado siempre a mi lado, yo no lo recordaba; su rostro se había ido borrando de mis recuerdos a lo largo de los años, hasta no dejar ningún rastro aparente. Al recordar el pasado yo siempre veía a mi padre y a mi hermano Henry, dos niños y un hombre siempre solos y viviendo en la misma casa. Si la mujer que veía en aquella fotografía cada noche me había cogido alguna vez en brazos, yo no lo recordaba. Si algo parecía conservar de todo aquello era sin duda el amor que sentía por ella. No amor carnal, sino el amor que sólo puede florecer entre una madre y un hijo.

Evitaba pensar que estuviera muerta o que por algún motivo que desconocía se hubiera marchado, dejándonos a mi hermano Henry y a mi solos con nuestro padre. Temía creer que aquella mujer, después de todo, no era mi madre, sino una simple señora. La foto de una simple señora que mi padre había guardado en su habitación.

Me negaba a hacer caso a la vocecita que aparecía en mi mente y que siempre me decía: Simplemente se fue porque no te quería; porque llorabas mucho y te ensuciabas mucho y la cansabas mucho y... Con el tiempo, acallar la voz de esa parte oscura y pesimista de mi mente fue cada vez más fácil. En parte porque tenía esperanza y no quería creer que todo aquello no iba a tener un final feliz.

Cada noche me limitaba a contemplar su rostro en silencio hasta que los ojos empezaban a cerrárame y el sueño llamaba a mi puerta. Cuando aquello pasaba, besaba la foto y la volvía a guardar entre las páginas del libro donde la ocultaba y luego la encerraba en el último cajón de mi mesita de noche.

A menudo soñaba que estaba a su lado y que podía abrazarla y acariciarle el pelo y decirle: Mamá, te quiero. En mis sueños corría a su lado por el jardín de mi casa y toda mi familia era feliz, incluso mi padre, que en la vida real parecía un enano gruñón y tenía ese aire de enfadado a todas horas. Nunca soñaba con <<cosas malas>> cuando, después de contemplar la fotografía, cerraba los ojos y me adentraba en el mundo de los sueños. Siempre soñaba con cosas felices, y si de vez en cuando algo me asustaba, pocas veces me levantaba llorando. Si lo hacía, sólo debía volver a sacar la foto y mirar a mi madre a los ojos para que las lágrimas dejaran de acudirme a los ojos y una leve sonrisa aflorara a mi rostro como los rayos del sol después de una fuerte tormenta. Cuando sonreía le sonreía a mi madre, con una sonrisa idéntica a la suya en la foto. Con la peca camuflada por las arrugas que se dibujaban en mi rostro.

Entonces me la imaginaba besándome en ambas mejillas para secarme las lágrimas mientras me decía: Sea lo que sea que te hizo llorar ya no está. Vuélvete a dormir, cariño... Y a veces incluso era capaz de escucharla decirme eso mismo con su voz tierna y suave; podía incluso sentir un hormigueo en la mejilla donde los labios de mi madre se posaban para besarme. Donde los hubiera sentido si fueran reales. Donde los había sentido cuando era pequeño.

La echaba mucho de menos pese a que no recordaba haberla visto nunca. Una nostalgia enfermiza me invadía siempre al despertar, cuando después de un sueño fantástico al lado de mi madre despertaba y descubría que nada de aquello había sido real. Entonces la pena me invadía por completo. Siempre despertaba sólo e igual que la noche anterior. El único consuelo que me quedaba era el pequeño retrato que tantos buenos momentos me inspiraba. Resignado, siempre me veía obligado a esperar de nuevo a que llegara la noche, para verla aunque sólo fuera en sueños; a veces borrosa, pero siempre bajo la figura inconfundible de mi propia madre.

La nostalgia que sentía en ocasiones era enfermiza. Degenerativa. Se iba llevando cachos de mi alma mientras me mostraba en sueños lo bella que sería una vida al lado de mi madre. Era una nostalgia que me prometía cosas que yo sabía nunca podrían cumplirse. Pese a las esperanzas que albergara en mi interior de ver y abrazar a la mujer de esa fotografía.

La fotografía que consiguió que me durmiera durante gran parte de mi infancia tenía los bordes arrugados y una pequeña mancha trasera, donde lo único que ponía era: Laurel, 1986. Aquello lo había escrito mi padre y la fecha era la de un año antes de que Henry y yo nacióéramos. Su torpe y rápida caligrafía era fácilmente reconocible. Las letras parecían estar bailando en el papel, a punto de caerse hacia un lado.

Laurel.

Repetí su nombre tantas veces aquella noche, unas veces con lágrimas en los ojos y otras con una sonrisa en mis labios que temí gastarle el nombre.

Laurel.

Era un nombre muy bonito y que reflejaba a la perfección la belleza de la mujer a la que daba nombre.

Laurel... Laurel...

Pero yo en mis sueños siempre la llamé mamá.

*(Adrián Gómez)*